Héctor Rodríguez periodista

Un día me llamó Julio Castro (amigo desde la Facultad de Derecho) para pedirme un artículo sobre el 1° de Mayo.

—Yo nunca hice periodismo. No escribí cartas ni de amor –le dije–. Pero Héctor te lo puede hacer porque sabe. Sospecho que tengo el mérito histórico de haber contribuido a que Héctor fuera, a partir de ese momento, columnista permanente de **Marcha**...

(Testimonio de José D'Elía)

En **Epoca**, allá por 1963, bajo la dirección de Quijano y luego de Charquero, Héctor tenía la página sindical. Descubrí en él a un gran periodista y a un gran formador de periodistas. Organizó un equipo con gente novata: todos hicieron, después, una gran carrera en el periodismo.

En 1964 paso a ser secretario de redacción en **Marcha**. Héctor era, y es, un analista político. Enorme claridad y sencillez sin perder la riqueza. Le tocaba dar el hecho político en el contexto social. Lo hacía y lo hace hasta hoy en forma insuperable.

(Testimonio de Carlos Núñez)

Las dos lecciones

Para comenzar a hacer periodismo recibí un gran curso consisten
te en dos lecciones; me las dio Pedro Cerruti Crosa, un abogado del grupo Avanzar de Grauert, que después vino al Partido Comunista y fue director de **Justicia** cuando trabajé allí. Tenía cuarto año de liceo y buenas notas en literatura, mandé un artículo y me llamó:

—No está mal –me dijo–, pero cuando escribas para este diario tenés que pensar en esos compañeros que se pueden ver por la calle Rondeau en la hora de descanso leyendo, a veces uno para los demás, el diario.

Ese compañero que lee, de pronto tiene dificultades para hacerlo y para entender...

Vos tenés que hacerte entender por esos compañeros. Tenés que escribir de modo sencillo.

La otra cosa que te voy a decir –yo escribía de orilla a orilla de la hoja– es que se escribe de la mitad de la hoja para la derecha.

El otro lado usalo para corregir, en especial cuando leyendo lo que hiciste, sientas que no fuiste suficientemente claro ni siquiera para vos mismo.

Esas fueron las dos lecciones que me sirvieron, y mucho, a lo largo de mi vida como periodista.

En textiles teníamos una organización compuesta por una Comisión Directiva, una Asamblea de Delegados, alguna Seccional según la zona, y organismos de base llamados Comisiones Internas de Fábrica.

Semanalmente entregábamos el Boletín.

Creo que esos boletines me enseñaron a redactar y que, del mismo modo, otros compañeros también aprendieron.

Llegamos a complementarnos bien en un estilo que no buscaba el brillo sino la claridad para la comprensión.

(Testimonio de M.R.)

Marcha

No fui un lector regular de **Marcha**.Como militante del PCU discrepé muchas veces, y polemicé, desde los órganos del partido con el semanario.

Después de abandonar el partido tampoco fui un lector regular.

Quijano siempre se había opuesto a la protección, cuando era irresponsable, de actividades industriales exportadoras por vía de la política del tipo de cambios.

Sale un decreto en ese sentido para beneficiar la producción de tops, una actividad iniciada después de la Segunda Guerra Mundial pero que toma vuelo a partir de 1951 con Sadil.

Apareció por Uruguay un hombre conocedor del mercado de la lana mundial, y del top: Eduardo Berenbau.

Junté las estadísticas de la exportación de tops, con la totalidad de los salarios que ganaban los obreros en las fábricas de tops y con el incremento en pesos que iba a significar aquel beneficio, por modificación del tipo de cambio recién decretado.

Le permitía a las empresas no sólo pagar la totalidad de los salarios sino a todos los obreros el salario de la categoría más alta. El decreto, por tanto, era para aumentar a niveles asombrosos la ganancia de esas empresas y no, como se decía, para apoyar su actividad exportadora.

Envié ese trabajo a la sección Cartas de los Lectores de **Marcha**. Creo que fue esa carta, que a don Carlos le gustó mucho, la que estableció mi vínculo con él por primera vez.

Antes de publicarla me citaron por vía del mismo semanario (creo que la carta la había firmado sólo con mis iniciales). Me presenté y hablamos con don Carlos. Cuando se convencieron de que mis cálculos no estaban errados, la publicaron.

Para quien no conociera en detalle la industria textil, el cálculo podía parecer disparatado.

Quijano me invitó a colaborar a partir de entonces dejándome libertad de temas. Como un columnista pero sin regularidad.

Creo recordar que en oportunidad de un aniversario de **Marcha** deciden publicar una serie de suplementos y es entonces que requieren la redacción de uno sobre el movimiento sindical.

Me llama Quijano para preguntarme si me animaba a hacerlo. Yo tenía una cantidad de material acumulado al respecto desde mi militancia en el PCU e incluso había dado una charla en la Facultad de Química sobre ese tema. Hice un artículo largo, como de seis páginas.

A partir de entonces sí me transformé en colaborador regular de **Marcha**, adquiriendo una nueva profesión que no abandoné hasta hoy: la de periodista.

Es a partir de ese trabajo que salió poco después mi primer libro: **Nuestros sindicatos**.

Siempre tuve libertad de temas para escribir.

Tal como yo siempre conocí la redacción de **Marcha**, ella era sumamente original. Prácticamente no existía como tal: cada columnista, cada colaborador, llevaba allí sus trabajos que luego, entre Quijano y el secretario de redacción, ubicaban.

La sala de redacción era, según se mire, una oficinita por la cantidad de gente o una oficinota por el tamaño, ya que siendo grande, permitía organizar en ella un acto, un foro de debate o una actividad cultural.

Mi relación con Quijano fue muy buena. Jamás me cambió ni siquiera un adjetivo, sin llamarme por teléfono para hacerme, en caso de que así lo estimara, la consulta correspondiente.

Una vez, yo estaba atacando a un abogado, por quien tengo mucha estima; pero que en ese momento defendía a Mario Berenbau (hijo de Eduardo) en un choque con los trabajadores y quien, por no entender mucho de la industria textil, escribía cosas desacertadas que yo, desde **Marcha**, refutaba.

Como esta persona tenía el mismo nombre de su padre a quien a su vez Quijano conocía como uno de los jueces más rectos del Uruguay, me llamó para preguntarme si lo que yo decía era correcto.

Creo que ésa fue una de las pocas veces que tuvo algo parecido a una discusión sobre mis escritos y fue por una confusión de nombres.

Mano a mano manteníamos, eso sí, muchas charlas –a veces discusiones– sobre temas políticos.

Otra vez, estando Quijano en Europa, se publicó un artículo de Alfaro sobre una acción del MLN que a Quijano no le gustó.

Cuando regresó, sometió la cosa a una revisión crítica colectiva. Es la única vez, que recuerdo, algo así. Eramos, además, poquitos: Bruschera, Alfaro, Quijano, Julio Castro y yo.

La argumentación de Quijano era que el artículo no estaba dentro de lo que era la línea general del semanario.

Argüí que Alfaro me había consultado y que me pareció bien lo que iba a publicar porque toda la prensa se había expedido en términos muy duros contra esa acción del MLN y, por razones de dignidad periodística, **Marcha** no podía repetir la condena aunque hubiera compañeros con reservas al respecto. Debía limitarse a brindar la información.

Quijano admitió que la distancia no le había permitido captar el contexto en el que la conducta periodística de Alfaro había tenido que desenvolverse.

Una vez, alguien que no era Quijano me cambió un párrafo de un artículo, posiblemente hasta con razón de carácter estilístico, pero me molestó.

Tomé un papel y le puse un título: Ukase (eran las resoluciones inapelables que tomaban los zares en la Vieja Rusia), y a continuación: que yo había empezado a escribir en **Marcha** con la condición de escribir lo que me pareciera y que, en consecuencia, si alguna cosa había que cambiar se me consultaba primero y, si no se me consultaba, no se cambiaba nada.

Si dichas condiciones se iban a respetar, continuaría escribiendo; y si no, no escribía más.

Me mandó llamar:

—¿Qué te pasó? ¿Te volviste loco?

Así me enteré –cuando él me lo explicó– que Quijano no había sido el autor del cambio.

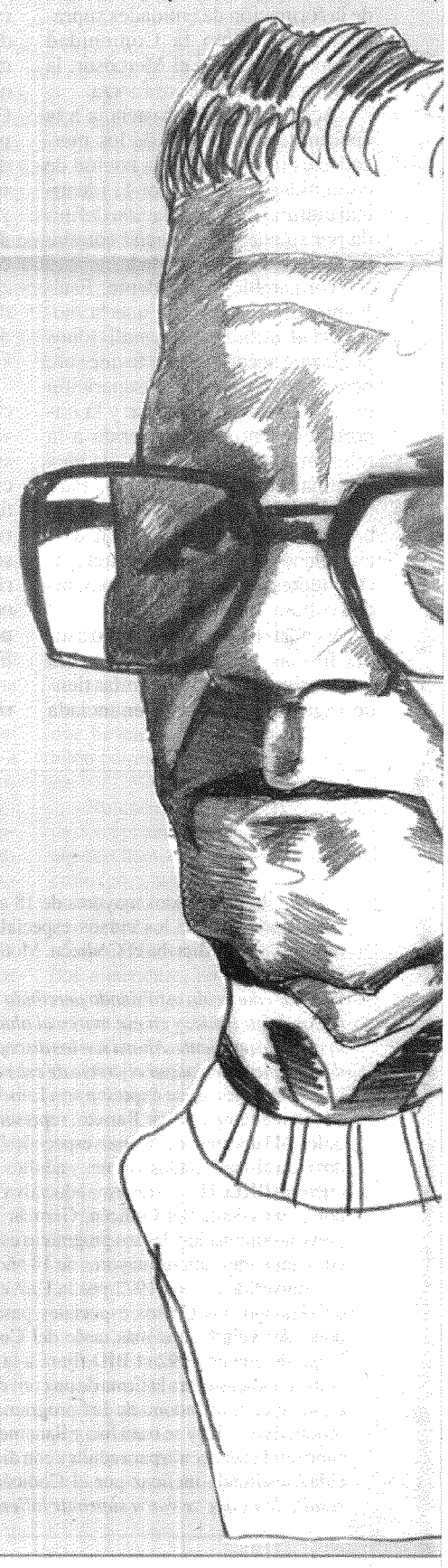
(Testimonio de Héctor Rodríguez)

LA TRAYECTORIA DE H

El tej

La trayectoria sindical, de Héctor Rodríguez e. Eleuterio Fernández Hu. la editorial TAE, y del un adelanto. Armado en personalidades sindi. tejedor" traza un re. entrañable compañero el privilegio de contar co. aportes a la refle.*

* Lunes 4, a las 20 y 30 horas, en la sede de AEBU (

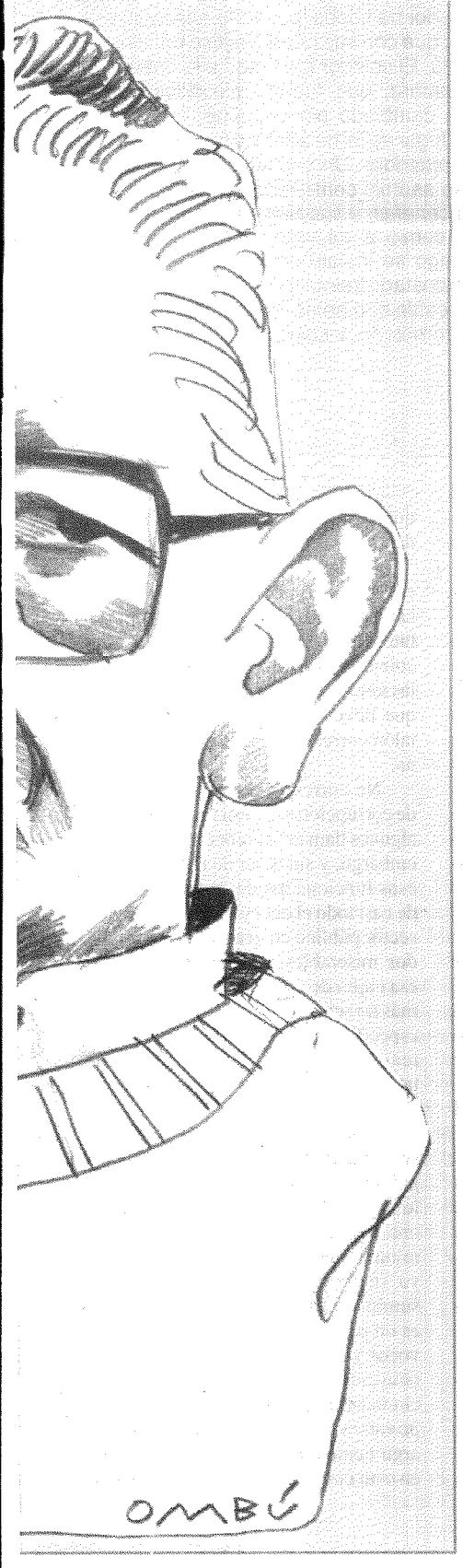


HÉCTOR RODRÍGUEZ

edor

política y periodística
s el tema del libro de
idobro que presentará
cual publicamos aquí
base a testimonios de
cales y políticas, "El
rato social de ese
de esta casa que tiene
n sus siempre lúcidos
xión colectiva.

Reconquista 574)



Más adelante comienzo a tener con Héctor una relación referida al ámbito sindical; sobre todo a través de Gerardo Gatti, a quien lamentablemente no vas a poder entrevistar porque como se sabe está desaparecido desde el 9 de junio de 1976.

Fue un entrañable amigo de Héctor quien hace poco habló en un homenaje a Gerardo diciendo cosas muy lindas.

A través de Gatti teníamos noticias de lo que pensaba Héctor. En ese momento Gerardo era más ortodoxo anarcosindicalista de lo que fue en los años siguientes, porque la Revolución Cubana produjo un cambio profundo en su pensamiento –a mi juicio en el buen sentido–.

Gerardo había hecho del sindicalismo el ámbito principal de su actuación. Tanto, que siendo estudiante de literatura en el Instituto Artigas, pasó a trabajar de obrero gráfico para poder militar en ese espacio. Encuentra en Héctor afinidad personal y política y un hombre con un gran respaldo en un gremio multitudinario como el textil.

Respaldo que por ese entonces no tenían ni Gerardo Gatti ni León Duarte quien, con mucho apoyo era, no obstante, el dirigente de una fábrica.

Héctor lo era de un gremio nacional, con decenas de fábricas y decenas de miles de trabajadores.

Gremio, además, con una experiencia y capacidad de movilización realmente impresionantes.

Héctor cumplió un papel preponderante en la unidad del movimiento obrero. Veo su figura muy ligada a los debates que precedieron a la fundación de la CNT. Esos cuatro años, 1963, 64, 65 y 66, fueron decisivos en la materia.

Ligado, por ejemplo, a una decisión muy importante que tomó la CNT por esos años: no afiliarse a ninguna central sindical internacional, en un momento en que había una presión muy fuerte en ese sentido de la FSM (Federación Sindical Mundial), con sede en Praga (defendida acá por los comunistas ortodoxos), y por parte de la CIOSL, que también tenía acá una especie de filial, la CSU, a la que no quiero denigrar mucho porque he vuelto a leer las cosas de esa central en la que no todo, ni siempre, era escoria manejada por el imperialismo: había mucha gente que, de buena fe se enganchó allí, y que, cuando se dio cuenta de lo que era, salió. Héctor vio con lucidez que en ese momento no había que afiliarse a ninguna central mundial porque por un lado era peligroso y por el otro motivo de división acá.

Por ese entonces, yo era un dirigente sindical joven. Héctor no sólo era de primera línea, sino de un prestigio de esos que hacen que recuerdes la primera vez que lo conociste. O que cuando te identifica y te saluda por primera vez, también te acordás. Esas cosas que sentís cuando sos joven...

Era reconfortante saber que había un "peso pesado" del movimiento obrero con el que se coincidía en ciertos conceptos referidos a la unidad.

Gerardo tendría hoy 63 años (seis más que yo, catorce menos que Héctor). Por lo tanto, pertenece a una generación que está entre la de Héctor y la mía.

Otro tema importante fue la no aceptación de dirigentes sindicales profesionales. Dirigentes sindicales pagos. Se sostenía que el dirigente sindical tenía que estar vinculado a la producción; en la fábrica, directamente vinculado al trabajo y en su lugar de trabajo.

El otro concepto: que quienes estuvieran dirigiendo en la actividad sindical, no ejercieran cargos políticos.

La figura del diputado que a la vez era dirigente sindical, por ejemplo, cosa que otros defendían, no era apoyada por nosotros.

Reconozco que tal vez la "lectura" de eso que hacíamos en aquel tiempo tal vez no fuera teóricamente correcta. Pero entonces lo sentimos y lo peleamos así.

Pero hubo una cuestión esencial a la que Héctor le dio cabal interpretación: la CNT no era, ni es, una "central única".

Ni siquiera es una Central: es una Convención Nacional. Nace como una convocatoria a *deliberar* en torno a un *plan de lucha* y a un *programa*.

Alpargatas sí, libros también

Me parece que eso fue un gran hallazgo, porque fue la única manera de resolver los problemas de construir la unidad: declarar a la clase obrera en estado permanente de deliberación.

En eso, por ejemplo, tanto el Congreso Obrero Textil, la FEUU, el Frente Amplio, se parecen.

Tienen instalada en su estructura ciertas reglas de juego que son las que posibilitan la unidad. De otro modo no la habría. Porque cualquier divergencia terminaría en fractura orgánica.

El estatuto de la CNT, esa obra de orfebrería en la que Héctor y Gerardo tanto aportaron, consagra, entre otras cosas, eso: la posibilidad de que haya divergencias, discrepancias, debate, y ello no lesione la unidad.

No olvidemos que el Partido Comunista puso mucho de sí para que todo fuera posible; porque en esa época venía con gran ímpetu: ganando elecciones sindicales una tras otra; creciendo a nivel político; sin embargo, tuvo también la lucidez y la grandeza de acordar aquellas condiciones que cimentaban la unidad.

Había pasado la época de Eugenio Gómez, y Arismendi le estaba imprimiendo al Partido una dinámica distinta.

Se propone lo mismo: construir la hegemonía del Partido Comunista. Pero de un modo diferente: más inteligente, más abierto, más "gramsciano"...

En toda huelga grande, en todo gran conflicto, vos veías, sistemáticamente, una nota, una colecta, un gesto, un paro, de los textiles. La solidaridad, ese concepto y esa práctica, formaban parte inseparable del gremio textil. Héctor tuvo mucho que ver en la vigencia, así, de ese principio.

Ese papel no va a quedar limitado a lo estrictamente sindical: los textiles y Héctor Rodríguez concretamente, expresarán su solidaridad con Cuba, y con otros pueblos en lucha, también en forma sistemática y activa.

Esa "vocación" debe destacarse porque Héctor no es meramente un organizador de luchas por reivindicaciones concretas sino también un formador de conciencia obrera al más alto nivel.

Algo así como decir: al obrero textil le importa que la Revolución Cubana salga adelante; le importa la Marcha Cañera...

Hay un elemento muy interesante que habla del genio de Carlos Quijano: le dio a Héctor, durante muchos años, permanentemente, una columna de **Marcha**, para que le contara a los intelectuales, a la clase media y a los que leían **Marcha** por la crítica de cine, por ejemplo, con un lenguaje apropiado, los avatares, los dolores, y las luchas de la clase obrera.

Eso permitió que muchos sectores ilustrados, de la inteliguentsia, de la intelectualidad "nativa", tuvieran una visión, bien escrita, de cómo veía la cosa la clase obrera y de qué estaba haciendo.

Qué pasaba en el mundo de los sindicatos.

Esto para mí fue muy importante porque preparó el terreno para una unidad entre esos sectores y la clase obrera. Basta pensar en tantos procesos en los que la actividad obrera es asunto marginal de los grandes ríos de la producción intelectual; pensemos sólo en Argentina con el fenómeno peronista y aquella terrible contradicción que distanció tanto, expresada en la consigna: "alpargatas sí, libros no".

Dejar al movimiento obrero "a la buena de Dios" y a los intelectuales con sus revistas exquisitas.

Eso acá, por suerte, no pasó; buena parte del mérito fue de **Marcha**, Carlos Quijano y Héctor Rodríguez, quien tuvo la capacidad de hacerlo bien, dirigiéndose no a su público habitual, el de los sindicatos, sino a otro.

(Testimonio de Hugo Cores)

Epoca

Cuando toma la dirección de **Epoca** en 1962, una dirección muy vinculada al planteo de unificación de la izquierda (el diario iba a ser un promotor de eso y por eso entró en la dirección y participó de la empresa con Julio Castro) en el directorio había compañeros del Partido Socialista y Quijano incorporó a Luis Pedro Bonavita, notoriamente vinculado ya a la vertiente que dará lugar al Fidel.

Me llamó para dirigir la página sindical.

El movimiento sindical de 1962 era todavía complicado: se había creado la CTU en 1961 pero la CSU aún estaba en pie y los Sindicatos Autónomos eran un grupo grande de organizaciones dispersas. Para hacer la página sindical de un diario, había que contar con un grupo importante de gente que proporcionara información viva y directa; porque no era cuestión de "cocinar" comunicados.

Durante un breve tiempo habíamos hecho una página sindical en **Marcha**.

Pero un diario era otra cosa. Queríamos dar, además, información de todos los sindicatos. Y desde el punto de vista de la orientación, la página iba a promover la unificación del movimiento sindical.

Necesitaba, por lo menos, cuatro o cinco periodistas. El presupuesto del diario no soportaba eso. Pedí licencia en mi trabajo, por un mes, sin goce de sueldo; **Epoca** me pagaría ese sueldo, y yo, en un mes, armaría un equipo de Redacción para la página sindical (ya tenía voluntarios ofrecidos). Juntamos 14 o 15 muchachos y muchachas, casi todos estudiantes, con buen nivel para redactar, a quienes había que encaminar en cuanto a lo que es una página sindical.

Aparecí con ese equipo por **Epoca** cuando empezaron a hacerse los números Cero. Nos compraron una mesa enorme para que todos nos pudiéramos sentar, y bueno, de allí salió un "seleccionado" que al mes, mes y medio, llevaba adelante con buen suceso, la nueva página sindical del periodismo nacional.

Volví a la fábrica quedándome, como única tarea, orientar el trabajo y hacer el comentario sindical.

De esa, y otras experiencias similares de aquel "heroico" tiempo del diario **Epoca**, salieron excelentes periodistas profesionales que hicieron época en el otro sentido de la palabra. La izquierda fermentaba y era fecunda. No voy a dar nombres por el riesgo de olvidar alguno. Pero cuánta gente buena, y cuánto periodista de fuste salió de allí.

Todo ese equipo recibía el salario-laudo de un periodista, que ellos decidieron repartírselo equitativamente. Yo trabajaba honorariamente porque ganaba mi sueldo en la fábrica. Hoy eso, bien lo sé, sería muy criticado, pero aquellos tiempos eran así. No hubiera habido modo de que la izquierda tuviera, como tuvo, durante años, aquel diario que cumplió un papel importantísimo en su evolución hacia la fuerza que hoy tiene.

Los criterios actuales, de riguroso profesionalismo en el periodismo nacional, no permitirían, tal vez, una experiencia de ese tipo. Tampoco parece necesaria.

Cuando la línea del Partido Socialista se inclina definitivamente hacia la unidad con exclusiones, y por desacuerdos en el manejo interno del diario, Quijano renuncia a la dirección y se va. Fuimos en delegación numerosa a tratar de convencerlo de que no lo hiciera. En ella recuerdo que entre otros iba Peloduro, quien integraba el equipo del diario; no hubo caso.

Evidentemente, Quijano había acordado compromisos políticos con quienes promovieron la salida de ese diario y el quebrantamiento de dichos compromisos lo llevaron a adoptar el camino que adoptó.

Nosotros seguimos, en muy buena relación con él, trabajando en **Epoca**.

Desde **Marcha**, cierta vez, le criticó a Eduardo Galeano que, escribiendo en **Marcha**, escribiera también en **Epoca**:

—Pero no me puede criticar eso nada más que a mí. Héctor también escribe allá.

—Héctor es el único que tiene derecho a traicionarme –fue la terminante respuesta de don Carlos, a quienes muchos, en broma, denominaban "el déspota ilustrado del periodismo progresista".

(Testimonio de Héctor Rodríguez)